

Pseudónimo: David

## EL PRECIO DE LA FELICIDAD

Según dicen esta historia ocurrió a principios del siglo XX en una aldea de pescadores situada a orillas del Mediterráneo, en la costa sur de Tarragona.

Los acontecimientos se iniciaron la víspera de la Virgen del Carmen, fiesta mayor del pueblo, con la visita de Joan Beltrán a casa de su amada Rosa con intención de solicitar el obligado permiso paterno para cortejarla. Joan sabía que su presencia allí no era demasiado grata. Naturalmente aquello era lo que deseaba Rosa, su madre y su hermano pequeño. Sin embargo, para el dueño de la casa, el viejo cascarrabias Miquel Ribes, aquella visita significaba todo un atrevimiento y aunque por educación se había resignado a escuchar las perspectivas laborales del aspirante a yerno y sus argumentos acerca de la futura felicidad de la pareja, para él tales razonamientos carecían de valor. Mientras estuviera en su sano juicio, jamás daría el consentimiento para que su hija contrajera matrimonio con un destripaterrones, totalmente ajeno al mundo de la pesca. Tal era su orgullo. Así pues, la amabilidad con la que el resto de la familia le había acogido, sus disimulados gestos de apoyo durante la petición de mano y sus miradas de ánimo, de poco sirvieron al pobre Joan ante la desaprobación del terco jefe de la casa. En efecto, todos los habitantes del pueblo conocían la aversión de aquel viejo lobo de mar hacia cuantos no pertenecían a su condición. Y lo cierto era que Miquel reflejaba, aunque de forma más acentuada, el sentir general ya que pocos marineros trababan amistad con pastores y campesinos. Antes de iniciar aquella visita Joan intuía lo que iba a ocurrir, pero presionado por Rosa se había visto obligado a dar aquel imprescindible y al parecer infranqueable paso. Aún recordaba las palabras de su amada para convencerlo de que se entrevistara con su padre:

-Tienes que intentarlo, Joan –insistía para que se decidiera a seguir los trámites reglamentarios previos a un noviazgo formal-. Es nuestra felicidad lo que está en juego. Ya sé que mi padre es obstinado y testarudo, pero en el fondo no es mala persona. Dale un poco de tiempo para que te conozca y acabará por aceptarte, aunque te desagrade el mar.

“Aunque te desagrade el mar” aquella era la clave del problema. Joan provenía de una familia cuyas generaciones se habían dedicado a tareas agrarias. Él, como su padre y su abuelo antes que éste, limpiaba los campos de piedras, los abonaba y los araba para cultivarlos después. En sus lindes plantaba cipreses o construía muros para proteger a los frutales y a las hortalizas del viento salado que a menudo soplabo con furia desde el mar. No cabía duda que era también una labor dura y sacrificada, pero la tierra si se cuidaba con esmero, si se la trataba con mimo, resultaba generosa y no exigía tanto como el mar. Aunque allí, sólo de vez en cuando moría ahogado algún marinero, a menudo llegaban noticias de naufragios y accidentes navales ocurridos en poblaciones costeras vecinas con lo que el número de víctimas iba siempre en aumento. A pesar de los lamentos de las infortunadas madres y las viudas, el resto de la familia marinera se sentía henchida de orgullo. Consideraban a cada pescador desaparecido como el precio que debía pagarse por faenar en las nítidas y también traidoras aguas del Mediterráneo.

Joan pensaba que una persona ahogada resultaba un precio demasiado elevado y a pesar de que admiraba a aquella raza de abnegados marinos, no compartía en absoluto su forma de pensar ni de sentir. Él prefería plantar verduras o cuidar naranjos para luego vender sus productos en el mercado local. Su familia casi siempre obtenía beneficios de sus cosechas. Su padre sabía sacar provecho de cada metro de granja y su madre era una hábil vendedora cuya simpatía le había reportado una numerosa clientela. Así, sin meter un remo en el agua ni echar una red en el mar, la familia Beltrán había ido prosperando

hasta convertirse poco a poco en una de las más ricas del pueblo. Su casa era grande y solariega. En la masía de la finca construyeron un establo para las vacas y las ovejas, mejoraron el sistema de regadío, lo que produjo un aumento de las cosechas e incluso compraron nuevos terrenos a una viuda. En resumen, Joan se sentía dichoso por la prosperidad de la familia, eso sí, a base de trabajar desde el alba hasta el ocaso durante seis días a la semana. ¿Cómo iba a suponer que un mediocre pescador le rechazaría como pretendiente? Podía intuir algún reparo, pero en su fuero interno estaba seguro que finalmente el padre de Rosa accedería a sus demandas. Jamás hubiera sospechado lo que le aguardaba, la prueba de fuego que el destino le tenía reservada.

Joan observó a su interlocutor, balanceándose suavemente en una mecedora de madera. A sus sesenta años, Miquel Ribes todavía conservaba el vigor de antaño. De cuerpo delgado y fibroso, su edad sólo se adivinaba por las sienes plateadas y por las arrugas que surcaban su frente como mudo testimonio de una vida excesivamente dura. Su rostro denotaba la fuerza de voluntad que caracteriza a una persona de gran vitalidad. Vestido con unos pantalones de tejido basto y una camisa de lino de color gris parecía el símbolo de la paciencia.

El viejo permanecía en silencio, contemplando a Joan como si evaluara cada una de sus palabras o de sus gestos, como si tratara de juzgar el carácter del atrevido joven que le acababa de pedir el consentimiento para festejar a su hija. Aquello era un diálogo de sordos y Joan no estaba dispuesto a soportar por más tiempo tan tensa situación. Se sentía angustiado y humillado. Tentado estuvo alejarse definitivamente de aquella casa, cuya antipatía se ganaba por el simple hecho de pertenecer a un mundo distinto a los pescadores. Estaba decidido a levantarse de una vez, cuando sus ojos se encontraron con los de Rosa. Pudo captar la súplica de su mirada, como si quisiera advertirle que de marcharse no habría otra ocasión para obtener el permiso paterno. Comprendiendo que

tenía razón, inspiró aire con fuerza para tranquilizarse y dejó de frotarse las manos para no acentuar su nerviosismo.

-¿De modo que no le gustan las barcas, señor Beltrán? –preguntó el viejo Ribes reanudando la conversación en tono amable, pero manteniendo las distancias.

-Eso no es exactamente lo que he dicho –repuso el joven-. Confieso que a veces me gusta salir a pescar en un bote, pero soy de la opinión que cuanto más ofrece un hombre a la tierra, más obtiene de ella. En cambio el mar es distinto, porque cuanto más se le da, menos se recibe –enseguida se arrepintió de dichas palabras, por lo que alegó a modo de disculpa-. Creo que el mar reclama demasiado. Hay muchos accidentes. La vida de un pescador se consume con demasiada rapidez al enfrentarse a tantos riesgos y peligros.

El joven pudo percatarse de la consternación que brillaba en los ojos de su anfitrión. Recordó el refrán popular marinero: “por la boca muere el pez” y se dijo que hubiera debido mantener la boca cerrada, reflexionando previamente sobre cada una de las respuestas que diera al anciano. Sin embargo, él siempre había sido sincero, parco en palabras y conciso en argumentos. No iba ahora a mostrarse como un hipócrita sólo por pretender agradar a la familia. Mejor dicho, a un solo hombre. Había preferido expresar con claridad su punto de vista aún a riesgo de herir la sensibilidad del padre de Rosa.

-¿No será que tiene miedo a las barcas? –inquirió acto seguido Miguel Ribes con ironía para disimular su irritación.

-No temo a las barcas ni al mar. Incluso comprendo la dedicación de ciertos pescadores, pero la devoción de unos y la sumisión de otros es algo sobre lo que no estamos de acuerdo –se defendió Joan y para no agravar las relaciones con su futuro suegro ya que la conversación estaba derivando en discusión, adujo-. Y quizá sea mejor dejarlo así.

-Sí, lo dejaremos así –convino el obstinado marino con un bufido-. ¿Vienes a la taberna de Topinot a tomar un vaso de vino? ¿O acaso también tienes reparos con la bebida?

-Por supuesto que no. Venga, le acompaño –respondió Joan.

En ese instante el joven supo que había perdido la ocasión que tanto Rosa como él esperaban. Recordó sus repetidos ensayos anunciando sus deseos de casarse con la muchacha, pero la tensión a la que había estado sometido le impidió expresarse con claridad. ¿Se le presentaría una nueva oportunidad? ¿Cómo plantearía entonces sus intenciones matrimoniales? Se trataba de un dilema que debía resolver pronto y con posibilidades de éxito. La autoritaria figura del viejo lobo de mar, de ideas estrictas e inamovibles, imposibilitaba que actuara con más naturalidad y frustraba su proyecto de entablar relaciones formales con Rosa.

-No tardaré –avisó el pescador a su mujer-. Volveré dentro de media hora –dijo poniendo especial énfasis en el singular del verbo.

La madre de la chica entendió el significado de esas palabras y preocupada por la futura felicidad de su hija, intervino:

-Vuelve cuando quieras, Joan –añadió guiñándole un ojo como insinuación para que tratara de reconciliarse con su marido.

-Os acompaño hasta la puerta –se ofreció Rosa, quien disimuladamente cogió la mano del joven sobre la que ejerció una cálida presión cargada de afecto.

Hacía una magnífica noche de verano, con el cielo plagado de estrellas. Soplaban una suave brisa que moderaba el sofocante calor estival.

-No bebáis demasiado –comentó Rosa sabiendo cómo terminaban las reuniones entre hombres.

-¡Vuelve adentro! –le ordenó su padre.

-¡Buenas noches! –se despidió ella con un gesto de la mano.

Como dos extraños, caminando juntos pero sin mediar palabra, el viejo marino y el joven agricultor se dirigieron hacia la taberna. Entre ambos mediaba un abismo dado el concepto de vida que cada cual defendía. Representaban dos mundos antagónicos. A Joan le hubiera gustado intimar y ganarse la confianza del hosco padre de Rosa, pero la acritud de éste suponía un muro contra el que se estrellaba su buena voluntad y porqué no decirlo, también sus ilusiones.

La taberna estaba abarrotada, en su mayoría hombres. Algo natural en aquella época. Salir a tomar un trago con los amigos formaba parte de la costumbre. Una gruesa plancha de madera hacía funciones de mostrador, mientras que bancos, barriles y sillas servían para que se sentara la clientela. Las pipas de los pescadores arrojaban más humo a la viciada atmósfera del local. A nadie le importaba. Miquel Ribes y Joan Beltrán entraron saludando y siendo saludados por los parroquianos. Pidieron de beber y Miquel insistió en pagar el primer par de vasos. Apuraron el contenido y pidieron otra ronda. Joan extrajo dinero de su monedero de piel para abonar el importe, se sentó sobre un barril a observar cuanto sucedía a su alrededor y comenzó a sentirse triste y desdichado. A pesar de tan molesta sensación, en ningún momento se le pasó por la cabeza el deseo de haber nacido en el seno de una familia marinera para poder casarse con Rosa sin problemas y al mismo tiempo poder bromear y ser amigo de los hombres de la taberna de Ximet de Topinot. Permaneció sentado un rato, absorto, meditando sobre su porvenir hasta que finalmente decidió volver a la realidad interesándose por la conversación que se desarrollaba frente a él. El tío Ribes discutía acaloradamente con los hermanos Fibla. Ximet de Topinot, desde detrás del mostrador, lo acicateaba. Hablaban de botes. ¿De qué si no? Y naturalmente cuando los pescadores charlaban las dos “b” siempre van juntas: la b de barca y la b de bravata, por su incorregible carácter fanfarrón. Los Fibla,

tanto Batiste como Vicent, eran altos, robustos y de musculosos brazos. Ambos iban sin afeitar, lo que les confería una apariencia más agresiva todavía. En aquellos instantes presumían de su fuerza ante los allí reunidos.

-No hay nadie en esta parte de la costa que pueda medirse a nosotros –decía Batiste Fibla, el mayor de los hermanos-. Poned a un Reverter, a un Matamoros y a un Adell remando en un bote y a nosotros dos en otro y apuesto a que ganamos, incluso dándoles ventaja.

-¡Eh, vosotros! –intervino Miquel Ribes molesto por tanta bravuconada-. Soy ya viejo, con tantos años como vosotros dos juntos, pero todavía conservo los suficientes redaños para enfrentarme a tan presuntuosos charlatanes... Y os daría una paliza. ¿No es verdad, Ximet?

-Lo cierto es que sobre un bote siempre has sido un hombre poderoso –contestó el tabernero-. Y antes que tú, tu padre era igual y también tu abuelo. Si uno de ellos, que en paz descansen, estuviera vivo y fuera contigo en la misma embarcación, no habría en toda la costa de Tarragona nadie que os ganara con un remo en las manos.

-Lo oye, abuelo –se burló el menor de los Fibla-. Quizá fuese usted bueno en sus años mozos, pero ahora desvaría como un viejo chivo.

-¡Por los clavos de Cristo! –exclamó Miquel súbitamente enojado-. Vosotros dos no tenéis cojones de dejarme atrás.

Con la mente turbia por el alcohol, las risas y burlas de los hombres todavía hicieron más mella en el ánimo del marino. Se había formado un círculo de curiosos en torno a él y los hermanos Fibla. Los espectadores les incitaban a desafiarse. Los Fibla estaban convencidos de su victoria mientras que Miquel despedía chispas por los ojos.

-¡Vamos ahora mismo! –dijo ajustándose los pantalones.

-¡Calma amigos, calma! –terció el tabernero percatándose que el reto adquiriría intereses contrarios a su negocio-. Mañana es fiesta. Arreglad el asunto para mañana.

-Esta noche, mañana o el día que ellos prefieran –gritaba Miquel enfurecido pues se había dudado de su valor públicamente-. Todavía no ha nacido el Fibla que me deje atrás sobre una barca.

-¡Ya basta, tío Ribes! –intervino Joan intentando apaciguarle.

El anciano suspiró, se arregló la chaqueta y dijo en voz alta:

-De acuerdo. El joven campesino pide que me serene. Ya estoy sereno... Pero arreglemos este asunto de una vez. Mañana domingo, después de misa, echaremos un par de botes al agua y mediremos nuestras fuerzas a través de la bahía hasta la punta de la Martinenca. Ellos en una barca y yo en otra. Pero necesito a alguien para equilibrarla –fijándose en Joan, prosiguió-. El joven Beltrán servirá. Todos le conocéis y sabéis que no le gusta el mar. Puede venir en traje de fiesta si le place. Si ni siquiera sirve para empuñar los remos, lo haré yo mismo...

-¿Tienes algo que alegar, muchacho? –preguntó el tabernero en voz alta.

Joan le contempló en silencio, excitado con el reto. Su reputación estaba en tela de juicio. No consentiría a nadie que lo calificara de inútil, por lo que enseguida añadió:

-Quizá sea la ocasión de mostrar que con un remo entre las manos un agricultor puede ser tan bueno como un marino. Entre hombre y hombre, apenas hay diferencias.

Los pescadores le observaron atónitos por su arrogancia. Joan apuró el vino de un trago y salió de la taberna. Se daba cuenta de que se había metido en un buen lío. Le disgustaba el temperamento del viejo lobo de mar, pero al captar el desprecio de los otros pescadores, se creyó en la obligación de actuar a su favor. En el desafío estarían en juego su honor y su valor, así que consideró necesario acostarse de inmediato para hacer



acopio de fuerzas, ya que a la mañana siguiente iba a necesitar hasta el último ápice de sus energías.

La misa del domingo terminó con las siguientes palabras del párroco: “Podéis ir en paz... al puerto”. Era la confirmación de un acontecimiento que había despertado gran interés. Las noticias corrían veloces como un reguero de pólvora en las pequeñas localidades. Efectivamente, cientos de personas se aglomeraban en el muelle, sobre las barcas, en el espigón del faro, e incluso a lo largo de las playas de la bahía. Nadie quería perderse la carrera y se apostaba sobre el vencedor.

Joan se dirigió al puerto con la esperanza que el reto de la noche anterior hubiera quedado solamente en palabras, fruto de las fanfarronadas de marineros ebrios. Hubiera deseado dar media vuelta y olvidarse del asunto, pero a la vista del gentío congregado supo que ya no existía alternativa. Le dejaron pasar hasta donde esperaba Miquel Ribes sentado sobre la borda de su bote.

-Creía que no vendrías –murmuró el pescador.

Herido en el orgullo y estimulado por su amor propio, Joan preguntó:

-¿Dónde están los Fibla?

-Deben estar llegando –comentó el viejo señalando hacia el lugar donde la marea humana se apartaba abriendo paso a la pareja rival.

-Pensaba que no os presentarías para evitar el ridículo –manifestó el mayor de los Fibla tras meter su bote en el agua.

-Pronto sabremos quién es la risa de la comarca –contestó Ribes.

-¡Escuchadme todos! –gritó Ximet de Topinot, erigido en juez y árbitro de aquel evento-. Hoy será un gran día y os aseguro que esta carrera formará parte de la historia del pueblo, porque ida y vuelta hasta la punta de la Martinenca es algo que nunca antes se había intentado...

Mientras el dicharachero tabernero se dedicaba a elogiar la bravura y coraje de los competidores en un peculiar discurso, Rosa se acercó a su amado y le preguntó:

-¿Por qué haces esto? ¿No comprendes que mi padre sólo pretende burlarse de ti?... Sí, Joan. No le importa la carrera, le importas tú. Perderéis y la derrota le servirá de excusa para ir diciendo el resto de su vida: “si no hubiese llevado a ese tonto campesino a bordo...”. Déjalo, Joan. Aún estás a tiempo.

Con su cabello alborotado por la brisa y los ojos enrojecidos por las lágrimas, la chica le pareció más bella que nunca. Aquella actitud suplicante demostraba su carácter y lo mucho que debía quererle para decir aquello delante de su padre. Él también la amaba, pero estaba decidido a soportar la prueba con tal de afrontar el futuro con la cara alta. Tenía que participar en la carrera. Jamás pasaría por la vergüenza de retirarse como un cobarde. La suerte estaba echada.

-Lo siento, Rosa –manifestó él con humildad-. No quiero que nadie se ría de mí. Posiblemente es nuestra felicidad lo que estoy defendiendo y saldré al mar aunque sea la última cosa que haga en esta vida.

Ella le contemplaba atónita, tratando de calibrar la intensidad del amor que debía sentir Joan para meterse en un bote junto a su anciano padre, con objeto de enfrentarse a dos fornidos pescadores en una absurda carrera en la que no tenían la menor posibilidad de ganar.

-Decídete, muchacho. Si deseas venir, ayúdame –pidió el viejo.

-Cuando quiera –repuso el joven Beltrán dispuesto a seguir adelante en aquella loca empresa.

Con la colaboración de algunos voluntarios levantaron la barca y la depositaron sobre la suave pendiente del amarradero por la que se deslizó lentamente hasta el mar. La aclamación fue general cuando las dos embarcaciones estuvieron juntas. Joan apretó

los músculos sobre los remos, listo para afrontar la prueba. Los Fibla les contemplaban con ironía. Ximet de Topinot, colocando las manos a modo de pantalla alrededor de la boca, anunció:

-¡Preparaos para salir cuando dé la señal!

El viejo lobo de mar batió el agua con sus remos para enseñar a su acompañante la cadencia exacta de movimientos que tendría que realizar. Joan lo intentó una vez pero su remo izquierdo quedó bloqueado bajo el que manejaba el pescador. El bote giró en redondo hasta quedar en dirección al muelle. Las burlas y manifestaciones soeces se multiplicaron entre los espectadores. El joven no lograba controlar su nerviosismo y en dicho estado resultaba inútil iniciar la carrera.

-¡Olvídate de ellos! –le aconsejó Ribes-. Tu observa mi espalda y no mis remos. Cuando yo me incline, tú te inclinas. Cuando yo tire, tú también. ¿Entendido?

El pobre Joan asintió. Mantuvo los remos en alto mientras estudiaba el ritmo del pescador. No era momento para desanimarse. El bote viró enfilando la salida del puerto. Remar no parecía una tarea tan difícil y poco a poco empezó a ayudar sincronizando su esfuerzo con el de Miquel Ribes. La barca adquirió velocidad abriéndose paso entre las olas. Llegaron junto a la embarcación de los Fibla que en aquellos instantes se escupían las manos preparándose para la carrera. El tabernero alzó un brazo y luego lo bajó gritando “ya”. Era la señal de salida. Quizá los Fibla habían decidido dar ventaja a sus rivales o estaban absortos en otros pensamientos, la verdad es que no reaccionaron con la premura del viejo marino, el cual aprovechó para alejarse de ellos. Joan enseguida comprendió que los remos no debían hundirse en el agua, sino solo cortar las olas de la superficie. Al salir del puerto recibieron el oleaje por estribor lo que debía compensarse con un esfuerzo suplementario del brazo. De vez en cuando algunas gotas salpicaban sus caras dejando en sus labios el amargo sabor a salitre. Una hora más tarde, sus

tendones empezaban a resentirse por el constante esfuerzo al que eran sometidos. Los Fibla habían recuperado parte de la ventaja cedida en la salida y se acercaban remando en perfecta sincronía. Joan captó el desesperado intento del anciano por mantener la distancia que todavía les separaba de sus adversarios. Al observar cómo remaba, se convenció que era un hombre de gran valía. Se prometió resistir hasta la extenuación. Dedicó todas sus energías a remar hasta el punto que el propio Miquel Ribes tuvo que advertirle:

-¡Tranquilo, chico! Guarda fuerzas para la vuelta.

Durante casi dos interminables horas permanecieron delante. Habían recorrido los siete primeros kilómetros. En la playa de la Martinenca se había reunido gente de los pueblos vecinos atraídos por la noticia de la competición y animaban a los concursantes. Al virar a favor de las olas vieron a los Fibla a su lado. La singular batalla continuaba. Sin descanso, sin pausa, sin el menor respiro para aliviar la tensión de los músculos. Con anterioridad, Joan había visto ampollarse sus manos mientras faenaba con una pala, con una azada o arando jornadas enteras, pero jamás había sentido un dolor tan intenso como entonces, al notar la sal contra las llagas de sus manos. Era un dolor insoportable que nunca antes había experimentado. Le faltaba aire a sus pulmones, tenía los nervios agarrotados y, sin embargo, seguía remando. De pronto, los Fibla les adelantaron con claros síntomas de fatiga porque también respiraban con dificultad. Los cuatro hombres realizaban un esfuerzo titánico.

-¿Paramos, señor Beltrán? –indagó de pronto el viejo Ribes resignado, viéndose impotente de seguir el ritmo de sus adversarios-. Hemos hecho todo lo humanamente posible. No hay vergüenza en nuestra derrota.

-Nunca me llamó... señor Beltrán –jadeó éste remando con ahínco.

-Eres un buen muchacho... y yo un viejo loco –dijo el pescador con amargura reconociendo por fin su desmesurada vanidad.

-Entonces, ¿puedo casarme con su hija Rosa? ¿Cuento con su permiso?

-¡Maldita sea! He comprobado de qué pasta estás hecho y si tuviera diez hijas te las daría todas... Pues claro que te doy permiso para casarte con Rosa. Estás pagando con sangre mi estúpido orgullo. No hay necesidad que sufras más. Nadie puede exigir mayor sacrificio. Se acabó.

-No voy a rendirme así como así. ¡Reme, por lo que más quiera, reme! –exclamó el joven conmovido por la nobleza de su futuro suegro-. Todavía no estamos vencidos.

-No podemos alcanzar a esos demonios, Joan –alegó Miquel convencido de su inferioridad física.

-¡Suelte los remos si es eso lo que desea, condenado viejo! –masculló el tenaz agricultor tratando de soliviantar a su compañero-. No me conoce bien, majadero. Soy más terco que una mula. Si no quiere remar, lo haré yo solo.

-¡Por todos los diablos del infierno! –exclamó el marino sorprendido, recobrando sus antiguos bríos-. Ningún destripaterrones va a darme lecciones de hombría... rema con fuerza, muchacho. Tu boda con Rosa será la fiesta más sonada del año.

Así empezó la sobrehumana lucha por reducir la distancia que les separaba del otro bote. Su barca fue adquiriendo velocidad hasta casi igualar a la embarcación de los Fibla. Desde las playas se escuchaban los vítores y aplausos de la gente. Tres horas y media después de empezar la carrera, ambas barcas entraban emparejadas en el puerto ante el asombro de cuantos presenciaban la prueba. Se produjo el último esfuerzo de los ya agotados rivales hasta alcanzar la hipotética línea de llegada. ¿Quién fue el primero en rebasarla? Nadie estaba de acuerdo. Cada cual opinaba según sus simpatías hacia los participantes. Pero la amistad y sentido común de aquel día festivo triunfaron sobre los

rencores personales. Y la histórica carrera tuvo un final feliz. Los cuatro adversarios fueron izados a hombros y paseados por el puerto como verdaderos héroes. El desfile terminó donde se había gestado el desafío, es decir, en la taberna de Ximet de Topinot donde el vino corrió a raudales y el joven Joan fue aclamado como un auténtico marino. Éste, después de un par de rondas, prefirió salir en busca de Rosa, a quien encontró en la calle porque acudía con intención de felicitarles.

-Tu padre está en la taberna –dijo él abrazándola con las escasas fuerzas que le restaban-. Ha dado su consentimiento para cortejarte formalmente y celebrar nuestra boda, si todavía lo deseas. Créeme, Rosa, tu padre es un gran hombre... y le admiro.

Ella se fijó en sus magulladas manos y acarició las ampollas con suavidad. Era el precio de su felicidad.

-Tú también eres una persona fantástica –afirmó ella emocionada, mientras un torrente de lágrimas resbalaban por su rostro-. ¡Por eso te quiero tanto y deseo casarme contigo!

A continuación se besaron apasionadamente en medio de la calle, sin prestar atención a las indiscretas miradas de los testigos de su inmenso amor.